

INTRODUCCIÓN

Aunque novelas como *La vorágine* o *Doña Bárbara*, *Todas las sangres* o *Hijo de Hombre* continúan suscitando una esporádica atención académica, existe una parte importante de la narrativa latinoamericana del siglo xx que ha ido quedando al margen de nuevas miradas y estudios críticos. La mayoría de las novelas anteriores a la década del setenta que no fueron tocadas por el prestigio de las vanguardias o del *boom* no han merecido una revisión de conjunto desde hace ya mucho tiempo y, en muchos casos, parecen correr el riesgo de ocupar definitivamente el lugar de un pasado sin gloria ni mayor trascendencia. En ese sentido, la presente investigación pretende cubrir esa deuda de la crítica literaria con una propuesta en la que convergen dos perspectivas distintas de análisis. La primera de ellas busca poner de manifiesto algunas de las continuidades y rupturas ideológicas existentes entre dos grupos diferentes de textos dentro de ese conjunto mayor: aquellos que fueron escritos en el clima intelectual de la segunda década del siglo xx y que han recibido la denominación genérica de «novelas de la tierra», «regionalistas» o «indigenistas», para el caso de Arguedas; y los escritos entre las décadas del cuarenta y el setenta del mismo siglo, agrupados todos ellos bajo el calificativo propiamente dicho de «denuncia» o «crítica social». El primer grupo lo integran *Raza de bronce* (1919), *La vorágine* (1924), *Don Segundo Sombra* (1926) y *Doña Bárbara* (1929), mientras que para el segundo se han escogido siete novelas: *El mundo es ancho y ajeno* (1941), *Los ojos de los enterrados* (1960), *Hijo de hombre* (1960), *Las tierras flacas* (1962), *Chambacú, corral de negros* (1963), *Todas las sangres* (1964) y *Redoble por Rancas* (1970).

La separación en dos unidades obedece al hecho de que, aun contemplando las continuidades existentes, ambos grupos de textos pueden pensarse como respuestas muy diferentes a los problemas que afectaban a las sociedades latinoamericanas del momento; unas respuestas que suponen, a su vez, a una autopercepción igualmente distinta del lu-

gar de los escritores en la sociedad, de sus lealtades y empatías, de la función que creían tener asignada en tanto intelectuales, y de cómo entendían y explicaban lo que para todos ellos constituía la cuestión central a reflexionar: unas naciones que se mostraban bajo el signo perenne del fracaso. Es importante aclarar, por otro lado, que si bien el objeto de estudio central lo constituirán las novelas que se encuadran en la producción posterior a la década del cuarenta, las del primer grupo permitirán ofrecer un panorama de carácter más bien introductorio de las problemáticas que trataremos en profundidad para aquellas. Las cuatro novelas de la década del veinte serán tratadas, pues, en el capítulo primero, mientras que las precisiones temáticas y de carácter metodológico que abordaremos en esta introducción se referirán, en general, a ese segundo grupo de textos que concentrará nuestra atención en los otros tres capítulos.

La segunda perspectiva del análisis se relaciona con el periodo histórico que fue necesario tomar en consideración al aproximarnos al estudio de las novelas. Se trata, en este caso, de las muy diversas y complejas modulaciones de un proceso que se abre en América Latina a comienzos del siglo XIX, con los movimientos justistas primero, y con la proclamación de las independencias después, y cuyos protagonistas son los múltiples desafíos que a lo largo y ancho del espectro social y del tiempo implicó la construcción de los Estados-nación, tanto en sus aspectos institucionales como identitarios. Sobre dicho trasfondo el diálogo entre los dos grupos de textos literarios adopta necesariamente una nueva amplitud y debe ser re-enfocado. Y ello por tres motivos. Primero, porque resultaría errado abordar la interpretación de una narrativa preocupada de manera fundamental con naciones cuya constitución se percibe como problemática sin tener en cuenta ese contexto de más de siglo y medio en el que se dio su fundación y desarrollo. Durante dicho periodo, y en movimientos de largo plazo y alcance, se producen transformaciones materiales y conceptuales sin las que sería imposible entender los cambios en los imaginarios de América Latina y, por ende, en su literatura. Segundo, porque a partir de la tercera y cuarta décadas del siglo XX se consolida y comienza a radicalizarse una actitud de enfrentamiento crítico al proyecto nacional decimonónico, entendido ahora sobre todo como oligárquico y liberal, que no cesará hasta bien entrados los años setenta, y que tiene como agentes principales a los sectores medios de la población. Mirada retrospectivamente, gran parte de la producción cultural e ideológica del XX se entiende mejor si se toma en consideración esa voluntad contestataria para con los actores y las ideas del siglo anterior. A través de ella se expresaron los enormes esfuerzos —realizados como respuesta a las drásticas transforma-

ciones internas pero también a acontecimientos externos, como el quiebre del veintinueve o las dos guerras mundiales— por repensar, corregir, contestar o, lisa y llanamente desembarazarse de muchos de las realidades y conceptos que habían sido heredados de esa primera centuria de vida independiente. Resultado de esa confrontación es, precisamente, la posibilidad de pensar los textos literarios del veinte, por un lado, y aquellos posteriores al cuarenta, por otro, como expresiones de un conflicto entre dos maneras diferentes de entender la nación. De esta forma, la división que efectuamos no delimita únicamente dos formas distintas de expresión literaria, sino una serie de presupuestos ideológicos distintivos que marcan la distancia entre ambas manifestaciones. Así, el conjunto regionalista e indigenista de novelas estaría más cerca, aun dentro de la voluntad de cuestionamiento, de las conceptualizaciones propias del xix, prolongando muchas de sus elaboraciones ideológicas más importantes aunque adaptándolas a nuevas situaciones. El segundo conjunto, por su parte, perteneciendo ya a un momento que ha radicalizado el componente crítico de las ficciones anteriores, estaría dentro de lo que se suele identificar como el clima intelectual propio del siglo xx, haciendo que la distancia de solo diez años con el anterior suponga, en realidad, una brecha de carácter más profundo.

Por debajo de esta ruptura, la continuidad fundamental entre ambas expresiones viene dada por una idéntica inquietud acerca de la capacidad inclusiva de la nación, en tanto resultaba imposible no reconocer que vastas áreas del territorio y grupos de población marginados o excluidos del orden nacional complicaban sobremanera la cristalización del sistema institucional así como la formulación de macro-identidades homogéneas. Lo que nos interesa de esta visión particular¹ es que ella se traduce en las novelas, de manera general y hasta donde es posible decir esto para textos literarios, en una activa reflexión sobre el orden político. Comprometidas como están con mostrar un universo desgarrado por la tensión entre inclusión y exclusión, estos dos grupos de textos representan a un hombre determinado étnica, social o culturalmente, pero cuya condición fundamental radica en el hecho de ser un miembro conflictivo de la nación. Paralelamente, en el proceso de repensar y reu-

¹ La percepción del fracaso en la construcción del orden nacional se venía dando desde la segunda mitad del siglo xix, cuando al optimismo inicial posterior a las independencias sobrevino el desencanto con la capacidad transformadora de las instituciones, bien porque los resultados buscados no se habían obtenido con la rapidez deseada, bien porque la extensión o profundidad de los mismos parecía ser insuficiente. Desde ese momento, y hasta la década del setenta que nos ocupa, se podría hablar de distintas etapas en un proceso continuado de registro de las supuestas fallas y taras de la nación.

bicar a este hombre desgajado de su espacio de pertenencia, es el propio orden nacional el que termina siendo revisado y replanteado.

Se podría decir, entonces, que nuestra propuesta de análisis ha surgido de indagar cuáles podrían ser las consecuencias de este tipo de preocupaciones en la factura de los textos. Como nos estamos refiriendo, sin embargo, a una literatura con un fuerte contenido explícito de crítica al orden establecido —más radical en las segundas que en las primeras, aunque de todas formas importante en estas últimas— lo dicho tiene inmediatas consecuencias puesto que introduce en la representación una dimensión cuya referencia es claramente *política* y acerca de la cual, creemos, no se han agotado las posibilidades de estudio. Hemos dicho que la actitud crítica que articulan las ficciones, y que se formula ya con claridad hacia la década del veinte, tenía como principal objetivo las ideas y prácticas que durante el siglo XIX habían servido para poner en funcionamiento el modelo de Estado-nación, cuyo andamiaje ideológico empezaba ahora a dejar en evidencia una serie de problemas, considerados altamente perturbadores, como consecuencia de la creciente incapacidad de las elites en el poder y del aparato del Estado para hacer frente a las transformaciones en curso. El cuestionamiento que ello suscitó se realizaba, por supuesto, en diferentes direcciones y atacaba distintos aspectos del proyecto decimonónico, pero terminaba revirtiendo de una u otra forma sobre los presupuestos políticos sobre los que las naciones se habían edificado. De esta manera, lo que terminó emergiendo como producto de la crítica fue la problematización de la nación en cuanto tal, en su propia constitución y organización interna y, más notoriamente, en sus posibilidades de erigirse como una realidad satisfactoria y apropiada para América Latina. Bajo el conflictivo tejido social, cultural y étnico, lo que se entendía como profundamente dislocado, deficiente o roto, era el vínculo político mismo entre los hombres y los grupos imprescindible para mantener en pie, no ya una nación en particular, sino la nación como forma de convivencia y de pertenencia. La existencia de múltiples culturas, la distancia entre los distintos horizontes de experiencias sociales y de expectativas futuras, las dinámicas muchas veces difíciles de manejar entre innovación y permanencia, cambio y continuidad, parecía que habían terminado por lacerar el entramado último de acuerdos que hacían de la sociedad nacional una forma viable de comunidad política. La dimensión política resultaba estar así en el centro de la cuestión en tanto espacio natural para reflexionar sobre los fracasos y para explorar posibles soluciones. Conceptos tan centrales para el pensamiento moderno como soberanía, pueblo, ciudadanía o el papel del propio Estado en la construcción de la nacionalidad, resultaron nuevamente cuestionados y revisados a la luz de la ex-

perencia latinoamericana y con ello lo fueron también, inevitablemente, las condiciones y el estatuto de la autoridad y del poder dentro de estas sociedades.

Es sobre el telón de fondo de esta amplia reflexión política, por consiguiente, que se sugiere repensar en los textos literarios las problemáticas culturales, sociales y étnicas con que frecuentemente se asocia a la temática de las novelas. Una re-lectura sensible a esa dimensión específica de la construcción literaria puede aportar nuevas claves de lectura y una interpretación original con respecto a las que hasta ahora se han realizado. En este sentido, el objetivo es prestar atención a la incidencia que podrían tener las ideas y lenguajes propios del pensamiento político de este momento histórico en la creación de las imágenes literarias acerca de la nación, en general, y del hombre latinoamericano, en particular.

Hablar de tradiciones políticas es hablar siempre de formaciones de muy largo alcance. Sin embargo, y como lo hace constar Isaiah Berlin,² ello supone además enfrentarse a formas de pensamiento en las que toman cuerpo las creencias últimas de una cultura o sociedad, allí donde se afincan y fundamentan nociones cardinales acerca de la finalidad del ser humano, de la vida colectiva y de la historia, es decir, de la ética entendida en su sentido más trascendente. Por ello, quizás, en un periodo de crisis como lo fue gran parte del siglo xx —y no solo para América Latina— la dimensión política cobró tanta importancia y se volvió tan relevante para pensar el sentido de la existencia individual y colectiva, para entender la suerte que habían corrido los Estados-nación en el continente y para imaginar el destino que a este le tocaría desplegar en medio de los acontecimientos. De ese humus surge, asimismo, toda una narrativa que expresa de manera clara la preocupación por la vida y la felicidad del hombre latinoamericano y la inquietud por entender el significado del desarrollo de unas formaciones colectivas cuyo principal signo era, a sus ojos, el fracaso. La intención de estudiar en las novelas la presencia de ideas, lenguajes o elementos del pensamiento político nace de la convicción de que esa dimensión no puede ser dejada de lado en el análisis de un discurso que planteó, una y otra vez, una angustiada interrogante acerca del sentido final de los hechos y de la historia en las sociedades latinoamericanas. Al hacerlo, no obstante, se vuelve imprescindible reconocer la necesidad de añadir una última dimensión al análisis, de carácter más amplio que las dos perspectivas mencionadas anteriormente. Si, como ha sido dicho, los dos conjuntos de novelas

² Isaiah BERLIN, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza Universidad, 1993.

representan la activación de postulados ideológicos divergentes, tanto en relación a la forma de imaginar la nación como a la propuesta de soluciones, lo que ello entraña de fondo —para ambos casos— es una interpelación a los lenguajes de la modernidad política occidental que, en este caso a través de la literatura, se ven reinventados, reformulados y vueltos a combinar según las condiciones y las circunstancias propias del continente. Es el diálogo crítico con esta tradición el que debe entenderse como sosteniendo las estrategias de crítica y denuncia de los textos y es él, también, el que permite entenderlos en su condición de expresiones singulares de los complejos dilemas a los que se vieron enfrentados los hombres latinoamericanos para construir sus naciones.

Por supuesto que la presencia de una intencionalidad y un discurso políticos dentro del lenguaje narrativo no ha sido desconocido por la crítica literaria ni mucho menos. Los mismos escritores fueron las primeras voces conscientes de que la voluntad expresada en las novelas era la de comprender, por un lado, la realidad latinoamericana en todo su dramatismo, y que el resultado de ello era una temática que caía de lleno dentro de la reflexión sobre lo público y, por ende, sobre lo político:

[...] desde pronto se levantó la palabra y originó copiosa literatura que, si derrotada en la realidad empírica, construyó el ideal de una Iberoamérica establecida sobre la soberanía de la persona humana y el bien público, es decir: sobre bases de libertad y justicia, con severo espíritu crítico adverso a toda especie de abuso y detentación. [...] Ideal éste hacia el que se orienta la historia de cuatro siglos y por el que trabaja una no interrumpida corriente literaria [...] opuesta al régimen de violencia que afectó a Iberoamérica desde sus orígenes.³

El latinoamericano es un autor invadido por los sucesos de la realidad circundante. Si quisiera estar en su torre de marfil lo sacaría de ella nuestra tremenda realidad, nuestros problemas vitales: seres humanos descalzos, hambrientos, sin todo. Esto no se puede callar y la denuncia adquiere por eso una significación política.⁴

Por nuestra parte hemos elegido priorizar, como concepto capaz de vertebrar la aproximación analítica a las obras, el de «pueblo». «Pueblo» en su acepción social de *plebs*, «pueblo llano» o «pueblo bajo», esto es, el que hace referencia a los sectores o grupos considerados más pobres, desprotegidos o desvalidos de la sociedad, y «pueblo» en su significado político de *populus* o pueblo soberano, como el cuerpo de ciudadanos sobre el que recae la soberanía política y que constituye el

³ Agustín YÁÑEZ, *El contenido social de la literatura iberoamericana*, Acapulco, Editorial Americana, 1967, p. 16.

⁴ Miguel Ángel ASTURIAS, *Latinoamérica y otros ensayos*, Madrid, Guadiana Publicaciones, 1970, p. 18.

elemento central del paradigma de la nación moderna. «Pueblo», finalmente, en el sentido étnico de una colectividad cuya especificidad y singularidad cultural la dotaría de una personalidad propia. Este concepto se comporta dentro de la investigación como una categoría a la vez interna y externa a los textos literarios escogidos. Externa, en tanto resulta de una opción metodológica que se ha elegido con preferencia a otras, como podría haber sido la de analizar los conceptos de «indígena» o «negro», por ejemplo, de obvia relevancia para algunas de las novelas. Como herramienta de análisis, pertenece al discurso crítico que iremos elaborando a lo largo de la exposición y se mantendrá, por consiguiente, como un elemento diferenciado del literario que nos ayudará, sin embargo, a hacer incisiones significativas en él. Pero se trata además de una categoría que no resulta ajena ni a las ficciones —donde es utilizado para referirse a los protagonistas colectivos— ni al contexto ideológico latinoamericano de estas décadas del siglo xx. Aunque muy poco estudiado como tal para este momento de la cultura política en América Latina, el concepto de «pueblo» resultó fundamental a partir de la década del cuarenta para articular la crítica contra la ideología y la política liberal del xix y contra las manifestaciones más vilipendiadas de la nación oligárquica. Ello se logró reivindicando para dicho concepto unos contenidos que, si bien formaban parte de su dimensión normativa desde el principio, habían sido obliterados o negados por las prácticas utilizadas anteriormente para definir y movilizar a sus miembros. La categoría de «pueblo» sirvió ahora para reestructurar la oposición a la oligarquía, lo que permitió reunificar las identidades y los compromisos dispersos en el espectro social en dos bloques claros y bien diferenciados. Este procedimiento resultó de una enorme fertilidad a la hora de evaluar la magnitud y las características de las fuerzas que estaban «a favor» o «en contra» de la nación, al proyectar un panorama simplificado de las lealtades y las adhesiones en juego. En segundo lugar, la resignificación de esta categoría puso en la mira los mecanismos que habían llevado a hacer de la *plebs* y el *populus* dos grupos descentrados y distantes entre sí cuando, en realidad, deberían haber estado subsumidos en una sola entidad. Así, una gran parte de la población era simplemente «pueblo llano» sin ser *populus*, porque se le habían negado las condiciones de la ciudadanía o porque se le había expulsado y marginado de la vida política activa de la nación. La superación de esa escisión por medio de la construcción de un «pueblo» verdaderamente amplio e inclusivo pasó a ser sinónimo, entonces, de la reparación de una injusticia histórica que debía realizarse denunciando las perversas actividades excluyentes de las elites dirigentes anteriores. En tercer lugar, el «pueblo llano» y lo «popular» pasaron a identificarse con la supervivencia de

una reserva de cultura auténtica o verdadera, capaz de encarnar lo propiamente nacional o latinoamericano, por oposición a unos modelos y gestos cultos extranjerizantes, que se suponían resultado de la voluntad mimética de las elites con lo europeo y que habrían introducido en América unos valores y unas ideologías inapropiadas a su verdadera condición. De esta forma y sin ser, por supuesto, un concepto nuevo — luego veremos algunas de sus principales raíces ideológicas —, el «pueblo» se convirtió para las filas contestatarias con el statu quo en una categoría dotada de una extraordinaria fuerza al momento de juzgar las responsabilidades involucradas en la construcción nacional y de pensar las formas posibles de rescate o restauración. Mabel Moraña, quien ha llamado la atención sobre la relevancia del concepto para el siglo xx, lo reconoce como una de las herramientas claves de la que se valieron las clases medias en desarrollo y búsqueda de una posición de mayor poder frente a las elites políticas y culturales establecidas:

[...] el liberalismo había hipostasiado la condición abstracta de *ciudadano*, haciendo de él el sujeto de una democracia concebida como un sistema simple de derechos formales y participación limitada, que admitía la convergencia de la igualdad jurídica y la explotación real. La incorporación de los sectores medios en el panorama político-social latinoamericano, promueve en su lugar el concepto de *pueblo*, en el contexto de los cambios mencionados durante el periodo de crisis financiera e industrialización.⁵

Según esta autora, las propuestas críticas de intelectuales como Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos o Antenor Orrego, habrían resultado fundamentales en la formulación de

una noción de *pueblo* en tanto fuente natural de autoridad y definición político-cultural, que desborda las fronteras nacionales y formaliza, con diferentes connotaciones ideológicas en cada caso, visiones internacionalistas de la problemática latinoamericana.⁶

En cuanto a los textos que aquí trabajaremos, el uso del concepto merece una primera aclaración. Todas las novelas del corpus tienen como protagonistas a colectividades que se definen a través de una de-

⁵ Mabel MORÑA, *Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940)*, Minneapolis, Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura, 1984, p. 23. El concepto de pueblo, conjuntamente con la problemática de la construcción de la soberanía popular en los Estados-nación latinoamericanos, ha sido ampliamente estudiada para el siglo xix. Para el siglo xx, sin embargo, son todavía escasos los estudios que rastrean la presencia y las mutaciones de dicho concepto en su adaptación a las nuevas circunstancias.

⁶ *Ibíd.*, p. 22.

terminación étnica o cultural. Los personajes colectivos son negros, comunidades indígenas o campesinos.⁷ En principio podría pensarse que esta es la categoría «natural» o de mayor pertinencia a través de la cual emprender un estudio literario, sobre todo en el caso de la narrativa indigenista o negrista. Sin negar en absoluto la validez de esta aproximación nuestra hipótesis es que, además de ser conceptualizados de esa forma, los protagonistas son representados *también* como «pueblo», obteniendo por ello unos atributos que no necesariamente salen a la luz si el análisis prioriza las dinámicas que nacen de las determinaciones étnicas o culturales. Por encima de sus obvias diferencias, esto es, vistos en conjunto, los personajes colectivos tienen un denominador común que los capta en una misma singularidad: la idéntica posición que ocupan dentro de la nación y las consecuencias que comparten como resultado de ello. Si esta hipótesis es correcta, las operaciones que llevan a cabo las ficciones serían dos: en el caso del primer grupo, equiparando al negro, al indígena y al campesino por igual con el «pueblo bajo» o «pueblo llano» y, luego, analizando su situación con respecto al resto de la nación; con respecto al segundo, y en un movimiento de mayor radicalidad, haciendo residir en este «pueblo bajo» los valores y las características de la nación auténtica y reclamando, luego, su conversión en pueblo soberano. En el trasvase de significados entre estas tres dimensiones —étnica, social y política— el «pueblo» de las novelas posteriores al cuarenta escenificaría, simultáneamente, la localización en la *plebs* de una reivindicación de carácter cultural y étnico, y la legitimación política que implica convertir a estos grupos en los verdaderos representantes de la nación.

Con un carácter aún más fundamental para nuestra propuesta, reconocer los principales aspectos de la construcción de una imagen del «pueblo», ya sea que la ficción priorice la referencia a la totalidad o a una parte de ella, hace posible resaltar las estrategias narrativas que di-

⁷ El caso más discutible sería el de *Los ojos de los enterrados*, de Miguel Ángel ASTURIAS. Para él se podría argumentar, con acierto, que los protagonistas son definidos como «trabajadores» en un sentido general y que, por ello, no es posible hablar en puridad de una delimitación cultural, sino de una que tiene que ver estrictamente con la condición o posición social o económica. Sin embargo, la problemática de la Compañía Bananera —en parte porque hace referencia de forma permanente al despojo de tierras que se narra en la novela anterior de la trilogía, *El papa verde*— tiende a identificar a los protagonistas con campesinos o, más genéricamente, con trabajadores rurales. El propio Tabío San, líder de la revolución y héroe de la novela, se presenta de ese modo al comienzo del texto. La ficción se construye, entonces, sobre el fondo de una temática campesina que, sin embargo, se amplía para permitir la entrada del «trabajador» de la bananera. Hecha la precisión, utilizaremos también para este texto el término de «campesinos».

bujan a la nación como un espacio atravesado por vínculos horizontales y verticales conflictivos, donde el antagonismo y la solidaridad reinser-tan y reproducen la diferencia en un espacio que, sin embargo, debía ser imaginado como idealmente unitario. Concentrando la atención sobre la manera de ficcionalizar esas relaciones —las del «pueblo» de la nación con una de sus partes, o las de un «pueblo llano» con la nación, según el caso— se desarrollará la propuesta de análisis literario.

Como en el caso anterior, los propios escritores establecieron de manera consciente este vínculo entre indígenas, negros y campesinos y el «pueblo» excluido u oprimido de sus naciones, y también asumieron deliberadamente su posición y la de la literatura frente a él. Así dice Ciro Alegria, por ejemplo:

[...] tanto por experiencia e ideas cuanto porque entiendo que en una novela del pueblo deben entrar los conflictos del pueblo mismo, mi posición personal frente al indio es de adhesión y como escritor afronto sus problemas básicos.⁸

[...] ha habido un acto de adhesión al pueblo y de protesta contra la injusticia, de idealismo en espera de que vengan tiempos mejores. Por eso nuestras novelas, yo creo, tienen ese sentido de acusación y de adhesión; son por eso fundamentalmente, con muy pocas excepciones, actos de revalorización del pueblo al que los novelistas han levantado y destacado anticipándose como siempre al proceso político de justicia que está llegando y que será más pleno en el futuro.⁹

Aquí, no obstante, una precisión metodológica se impone. Es evidente que el «pueblo» representado en los textos literarios es el producto de un imaginario que corresponde a unos escritores letrados, provenientes de los sectores medios que, al momento de producir estas obras, se encontraban en pleno ataque la ideología liberal, contra la oligarquía y el imperialismo. Estos autores se consideraban a sí mismos como capacitados para interpretar las aspiraciones y deseos de los grupos populares, así como para erigirse en portavoces de sus concepciones particulares del mundo. El «pueblo» —como *plebs*— de la ficción es, de este modo, el que resulta de la mediación de los intereses, los prejuicios, la posición y las filiaciones ideológicas de los escritores. En ningún momento tenemos acceso directo a las expresiones y producciones que esa entidad —conflictiva de por sí, aun si consideráramos que ella

⁸ Ciro ALEGRIA, Prólogo a la décima edición de *El mundo es ancho y ajeno* (Nueva York, 1948), Buenos Aires, Losada, 1973, pp. 19-20.

⁹ Citado por Antonio CORNEJO POLAR, «Notas sobre la teoría novelística de Ciro Alegria», en Javier BACARZO, Edmundo BENDEZÚ AIBAR, Leticia CÁCERES et ál., *La obra de Ciro Alegria*, Arequipa, Universidad Nacional de San Agustín, 1974, p. 97.

tiene una existencia empírica verificable— habría realizado, debiendo contar, por tanto, con que las ideas que desarrollemos no pueden estar referidas más que a la imagen que de él proyectaron unas capas medias que, sin provenir de ese estrato étnico, social y cultural, se pensaban de todas formas muy cercanas a él.

Por otro lado, plantear como hipótesis que esta narrativa de denuncia construye la imagen de sus protagonistas a través de un concepto con una trayectoria tan vasta como la de «pueblo» implica asumir que, más allá de la innegable capacidad creativa propia de la literatura, esta no puede renunciar a, ni desprenderse de, las imposiciones necesarias que conlleva remitirse a un elemento de la tradición tan complejo. Más todavía cuando hablamos de uno que, en virtud de las reelaboraciones a las que fue sometido y que desembocaron en lo que se ha entendido como la modernidad política occidental, se convirtió en una de las formulaciones centrales del paradigma del Estado-nación. Así como advertíamos al comienzo lo errado que resultaría desconocer el siglo y medio de historia independiente que está detrás de la reacción de los escritores contra el orden en ese momento vigente, sería también equivocado no tener en cuenta los significados que han nutrido las diferentes dimensiones del «pueblo» y que confluyeron, en el siglo XVIII y principios del XIX, en la puesta en marcha de la revolución de las sociedades occidentales. Aunque es sin duda difícil dar una idea cabal y apropiada de las distintas corrientes de pensamiento que alimentaron el recorrido final del concepto, hasta cobrar la forma en que lo reconocemos hoy día, resulta imprescindible realizar cuando menos una breve referencia al mismo. Entre otras razones porque cuando los distintos reinos de la América Española se encuentren abocados a la difícil «invención de la nación»¹⁰ —después de los procesos independentistas— revisarán y ensayarán las diferentes posibilidades contenidas en el imaginario moderno del «pueblo» en sus distintas modulaciones. El siglo XIX y la parte del XX que nos ocupa pueden ser contados también como la historia de las acomodaciones, reinventaciones y adaptaciones de ese concepto a las especificidades de la realidad latinoamericana; una historia en la cual la literatura no ocupó un lugar nada menor.

Aunque numerosos estudios han demostrado, de forma más bien reciente, que la cristalización de la dimensión política del «pueblo» —tal como se lo concibe desde el siglo XVIII— se dio en un proceso no lineal ni abrupto en el que intervinieron distintos centros de difusión,

¹⁰ La expresión hace referencia al título de un libro seminal en el estudio de los procesos postindependentistas: Antonio ANNINO y François-Xavier GUERRA, *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

con tiempos e intensidades igualmente dispares, una parte de la historiografía tendió a equiparar el momento de entrada del «pueblo» soberano únicamente con la Revolución Francesa, que quedó convertida así durante mucho tiempo en el paradigma de la modernidad política y, tácitamente, en el modelo a seguir por todas aquellas sociedades que simultáneamente o después efectuaron el mismo recorrido. Lo cierto es que, cuando las revoluciones de finales del XVIII y comienzos del XIX promovieron el abandono de las formas de organización del Antiguo Régimen, iniciaron un complejísimo proceso de reestructuración de las sociedades en todos sus niveles por el cual pasaron a ser concebidas como el producto de la asociación voluntaria de unos individuos iguales entre sí, unidos por vínculos de carácter político que los convertía de súbditos en ciudadanos, sujetos de los mismos derechos y deberes y cuya lealtad estaba centralizada en una nueva institucionalidad: la del Estado. A esta abolición de los estamentos y privilegios propios del Antiguo Régimen a favor de una igualdad ideal de los individuos entre sí y para con la ley se hace referencia usualmente cuando se habla de la nación *liberal*. Las revoluciones que tuvieron lugar en ese tránsito de un siglo a otro, y que incluye la de las colonias españolas en América, promovieron una extensión y radicalización de la dimensión *política* del «pueblo» que no había sido sospechada hasta el momento, entre otras razones porque el ejercicio de la autoridad por parte del pueblo, al estilo de las democracias directas, había tendido a ser pensada pensada para poblaciones y territorios pequeños a la manera de la *polis*.¹¹ José Carlos Chiaramonte lo expresa de la siguiente forma:

Lo que [la Revolución Francesa] divulga, de vastas consecuencias, efectivamente, en la historia contemporánea, no es solo lo «político» del término, sino también el añadido de lo que ha sido llamado una nota de alcances constitucionales, que convierte a la nación en sujeto de imputación de la soberanía.¹²

En los modernos Estados nacionales, el «pueblo» se vuelve soberano en la medida en que es pensado como el único sujeto colectivo capaz

¹¹ Rousseau, por ejemplo, aunque fuente indiscutible de los debates en torno al «pueblo» en la Revolución Francesa, parece estar pensando todavía en Estados o en sociedades pequeñas. Los revolucionarios debieron adaptar su concepto de pueblo soberano a países como Francia donde, por su propia magnitud, una democracia directa quedaba descartada. Keith BAKER, *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

¹² José Carlos CHIARAMONTE, *Nación y Estado en Iberoamérica: el lenguaje político en tiempos de las independencias*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004, p. 43.

de consentir y legitimar la autoridad política. El *populus* hace referencia, precisamente, a todos los miembros de la comunidad entendidos como una unidad, de modo que «pueblo» —que en su universalidad inserta y a la vez borra la heterogeneidad de los cuerpos sociales que recibe del Antiguo Régimen— se equipara en su significado político a nación, ambos como conceptos indivisibles a través de los cuales se designa a la comunidad política definida por un territorio y unida por una misma institucionalidad.

Para finales del siglo XVIII, no obstante, esa no era la única acepción de «pueblo» disponible. Chiaramonte pone también de relieve que, junto con el significado político, existía una dimensión «étnica» de «pueblo» con la que se hacía referencia a un tipo de unidad distinta entre los hombres. Se trata de un concepto más antiguo que el anterior, con el que convivió, y que se utilizaba

para designar conjuntos humanos distinguibles por algunos rasgos sustanciales de su conformación, fuese el origen común, la religión, el lenguaje, u otros. Se trataba, además, de un criterio proveniente del sentido del término existente en la antigüedad [...] de amplísima difusión en tiempos medievales y modernos y aún vigente en la actualidad. Un concepto que define a las naciones como conjuntos humanos unidos por un origen y una cultura comunes, y que seguía en vigencia [...] en los siglos XVIII y XIX.¹³

Como en el caso anterior, esta connotación étnica del «pueblo» sufre, también hacia fines del siglo XVIII, una reelaboración que resultará de incalculable trascendencia para la historia de las sociedades occidentales. El movimiento intelectual que en Alemania dará forma al romanticismo y al nacionalismo cruzará el significado étnico con el político, sentando otra de las bases fundamentales del imaginario de la nación moderna. El romanticismo operó una potenciación del «pueblo» étnico que hizo de la especificidad cultural el rasgo principal a través del cual la existencia de la comunidad cobraba sentido. Resultado de un muy complejo proceso en el que intervinieron causas de distinta índole,¹⁴ los

¹³ *Ibid.*, p. 40. Esta no es, sin embargo, una postura unitaria. Algunos autores creen que el sentido «étnico» de nación surge solo a finales del siglo XVIII y que, antes de ese momento, únicamente es posible encontrar el significado «político» de nación. Véase, por ejemplo, Mónica QUIJADA, «Sobre “nación”, “pueblo”, “soberanía” y otros ejes de la modernidad en el mundo hispánico», en Jaime E. RODRÍGUEZ O. (coord.), *Las nuevas naciones. España y México 1800-1850*, Madrid, Fundación MAPFRE, 2008, pp. 19-53.

¹⁴ Para Peter BURKE, por ejemplo, existieron razones estéticas en tanto el romanticismo se opone al clasicismo; razones ideológicas, como la oposición a la Ilustración; y razones políticas que tenían que ver con la creación de identidades colectivas en sociedades que necesitaban proyectar una nueva solidaridad interna. Isaiah Berlin, por su parte, hace hincapié, no solo en el ferviente rechazo que los alemanes opusieron a la fi-

románticos pensaron que lo que diferenciaba a una comunidad de otra, esto es, lo que le otorgaba su singularidad, no era el orden político o institucional sino que su existencia particular y única se debía a la participación de sus miembros en unas mismas costumbres y lengua, en una religión y unas leyes comunes, en una forma genérica de hacer, sentir y pensar que les daba una poderosa unidad intangible por medio de la cual se definía la personalidad colectiva:

[...] lo que tienen en común las personas que pertenecen a un grupo es más directamente responsable de su ser que aquello que comparten con personas de otros lugares. El modo en que, por ejemplo, un alemán se levanta, se sienta, baila, legisla, su letra, poesía y su música, el modo en que se peina el cabello y en que filosofa, todo esto tiene una *gestalt* común e impalpable. Todas estas acciones tienen un cierto modelo cualitativo en virtud del cual son reconocidas como alemanas, tanto por él como por otros.¹⁵

Esa dimensión cultural era la responsable, a su vez, de una conexión más directa con un supuesto sustrato vital, elemental, que mantenía a la comunidad unida al pasado —al origen— al mismo tiempo que guiaba su desarrollo futuro. La consabida idea de un «alma» o «espíritu» del pueblo —asociada comúnmente al pensamiento de Herder— fue una de las maneras de proyectar una solidaridad interna que pudiera concebirse como intemporal y a través de la cual la colectividad fuera capaz de pensarse a sí misma, al menos en parte, como a cubierto de los cambios y los embates de la historia. Lo verdaderamente revolucionario, sin embargo, de la fertilización entre romanticismo y nacionalismo es que esta dimensión étnica del «pueblo» fue convertida en el fundamento político de la colectividad. Con el nacionalismo, la posesión de una cultura capaz de definir y singularizar a un conjunto de hombres terminó sirviendo de justificación para que esa misma comunidad exigiera el derecho a constituirse en una unidad política, es decir, en un Estado independiente. Si bien el «pueblo» era anterior al Estado en tanto la cultura preexistía y definía a la comunidad antes que cual-

losofía de la Ilustración en general —y que explicaría la tendencia hacia el intimismo, el vitalismo, el voluntarismo y lo pasional—, sino en la oposición más puntual a Francia y a todo los valores que ella encarnaba: «En particular, había un complejo de inferioridad frente a Francia, ese brillante y resplandeciente Estado que se las había ingeniado para eliminarlos y humillarlos; ese gran país que dominaba las ciencias y las artes y todos los campos de la vida humana en general, con una arrogancia y un éxito nunca vistos hasta entonces. Eso sembró en Alemania una sensación permanente de tristeza y de humillación [...]». Peter BURKE, *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 44 y ss. Isaiah BERLIN, *Los raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus, 2000, p. 60.

¹⁵ Isaiah BERLIN, *Las raíces del romanticismo*, cit., p. 90.

quier otro tipo de relacionamiento, el desarrollo «lógico» o «natural» de la misma culminaba en la creación de una institucionalidad que le permitiera gobernar sus asuntos de acuerdo a su propia identidad, esto es, demandaba teleológicamente la creación de una nación en el sentido político moderno. El nacionalismo podría ser considerado, entonces, como la creencia de que a un Estado le corresponde una sola unidad cultural —en el mencionado sentido de «alma» o «esencia»— y que a una unidad cultural le corresponde naturalmente un solo Estado.¹⁶ Un principio que resultó enormemente difícil de plasmar para unas sociedades que, como las latinoamericanas, se caracterizaban por ser multiétnicas y multiculturales.

Queda, no obstante, la última acepción que, a los efectos de nuestra investigación, resulta fundamental. Ya en el siglo XIII, Alfonso el Sabio señalaba en *Las Siete Partidas* la diferencia entre dos significados posibles de «pueblo»: «Cuidan algunos hombres que pueblo es llamado la gente menuda, así como menestrales et labradores, mas esto non es así». ¹⁷ Allí se dice que al «pueblo» lo conforman, en realidad, aquellos hombres que viven en comunidad bajo una misma forma de gobierno, es decir, los que están unidos por una organización política común. La cita nos sirve, sin embargo, para comprobar que históricamente el concepto ha sido también entendido en un sentido social, como referido a los sectores o grupos más pobres o carenciados, a los estratos «bajos» de la población. Esta acepción distingue, luego, a un grupo en particular por referencia al resto de los que componen la sociedad en virtud de su posición o ubicación inferior o de desventaja con respecto a ellos. Al «pueblo llano» —y fuera de que su marca más visible ha tendido a asociarse con la pobreza o las malas condiciones materiales— se le han atribuido diferentes características, en su mayoría negativas, como la ignorancia, la irracionalidad o cercanía con lo pasional, su baja o nula participación en la cultura o la política «oficial», su rusticidad o mala educación, los lazos de dependencia que rigen su vida en general, etc.

¹⁶ Debe decirse, de todas maneras, que no hay consenso en cuanto a que estos sean los únicos dos grandes modelos seguidos en el proceso de construcción de la nación. La realidad fue, evidentemente, mucho más compleja y permitió hibridaciones y cruzamientos. Aun así, la diferencia entre una nación entendida como unión voluntaria de carácter político y otra basada en la unidad de la lengua, la raza y la historia permite comprender, al menos teóricamente, que la formación del nuevo orden nacional acudió, en el momento de su nacimiento, a fundamentos distintos para imaginarse a sí misma y legitimar su existencia. Véase, por ejemplo, Tomás PÉREZ VEJO, «La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico» en *Historia Mexicana*, vol. 53, núm. 2, oct-dic 2003, pp. 275-311.

¹⁷ Alfonso el Sabio, *Las siete partidas*, tomo II, segunda partida, título X, Ley I, Madrid, Ediciones Atlas, 1972, p. 87.